

F 2216

H. 85

V. 2

VIAJE

REGIONES EQUINOCCIALES

DEL

NUEVO CONTINENTE.

DE

PRIMERA PARTE

SOBRE EL REINO DE LA NUEVA ESPAÑA

CON EL MISMO AUTOR.

CON MAPAS GEOGRÁFICAS Y LINGÜES

TOMO SEGUNDO



Biblioteca Universitaria
ORIENTE
VALLE DE Y TELLEZ

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
CIENTÍFICAS Y LINGÜES

VIAGE

Á LAS REGIONES EQUINOCCIALES

DEL

NUEVO CONTINENTE.

CAPÍTULO SEXTO.

Montañas de la Nueva-Andalucía. — Valle de Cumanacoa. —
Cima del Cocollar. — Mision de los indios chaimas.

NUESTRA primera excursion á la península de Araya, fué seguida de otra mas larga y mas instructiva en lo interior de las montañas, á las misiones de los indios chaimas, donde varios objetos de interes llamaban nuestra atencion. Entrábamos en un pais cubierto de bosques, é ibamos á visitar un convento rodeado de pal-

ii.

1

002516

meras y de helechos, situado en un valle ancho, donde, en el centro de la zona tórrida, se goza de un clima fresco y delicioso. Las montañas inmediatas contienen cavernas habitadas por millares de aves nocturnas; y lo que admira la imaginación mas que todas las maravillas del mundo físico, es el encontrar al otro lado de aquellas montañas, un pueblo que poco há era todavía errante, apenas salido del estado de la naturaleza, salvaje sin ser bárbaro, y estúpido antes por ignorancia que por un largo embrutecimiento: á este poderoso interés se mezclan involuntariamente varios recuerdos históricos.

En el promontorio de Paria fué donde Colon reconoció la primera tierra continental; en él terminan aquellos grandes valles devastados tan pronto por los Caribes guerreros y antropófagos, como los pueblos comerciantes y civilizados de Europa. A principios del siglo diez y seis, los infelices Indios de las costas de Campano, de Macarapan y de Caracas, fuéron tratados como lo han sido en nuestros dias los habitantes de la costa de Guinéa. El terreno de las Antillas era cultivado, se transplantaban á él las produccio-

nes del antiguo continente, mas Tierra Firme estuvo mucho tiempo sin un sistema regular de colonización; si los Españoles visitaban su litoral, era solo por procurarse esclavos, perlas, granos de oro, y palo de tinte, ya por medio del cambio ya por el de la violencia. Creyóse ennoblecer los motivos de tan insaciable avaricia, afectando un celo ardiente por la religión, pues cada pueblo tiene sus ideas y su carácter particular.

El comercio de los indígenas de color bronceado fué acompañado de los mismos actos de inhumanidad que el de los negros africanos: desde entónces fuéron mas frecuentes las guerras entre los indígenas; los prisioneros eran conducidos á las costas para ser vendidos á los blancos que los cargaban de cadenas en sus buques, sin embargo de que los españoles eran en aquella época y fuéron todavía mucho tiempo despues, una de las naciones mas civilizadas de la Europa. El siglo brillante de Leon X fué señalado en el nuevo mundo por actos de crueldad que mas parecen pertenecer á los tiempos de la mayor barbarie.

El comercio de esclavos habia cesado en la Tierra-Firme; mas los conquistadores, continuando sus excursiones, prolongaban aquel sistema de guerra que ha disminuido la poblacion americana, perpetuado los odios nacionales y sofocado por mucho tiempo el gérmen de la civilizacion. Por fin los misioneros protegidos por el brazo secular, hicieron resonar las palabras de paz: à la religion pertenecia consolar la humanidad de una parte de los males causados, bajo su nombre; ella ha abogado la causa de los indigenos ante los reyes, ha resistido à las violencias de los comendatarios, y ha reunido las tribus errantes en unas pequeñas comunidades que llaman *misiones*, y cuya existencia favorece los progresos de la agricultura.

De este modo se han formado insensiblemente, pero con una marcha uniforme y premeditada, aquellos vastos establecimientos monásticos y aquel régimen extraordinario que al paso que buscan el retiro y la soledad, pone bajo la dependencia de las órdenes religiosas unos paises cuatro ó cinco veces mayores que la Francia.

Estas instituciones tan útiles para detener la efusion de sangre y para sentar las primeras bases de la sociedad, han sido despues perjudiciales à sus progresos. Tales han sido los efectos de aquel sistema, que los indios han quedado en un estado poco diferente del que tenian cuando sus habitaciones esparcidas no estaban todavía reunidas en torno de la del misionero.

Su número ha aumentado considerablemente, pero no la esfera de sus ideas: han perdido progresivamente aquel vigor de caracter, y viveza natural, que en todos los estados del hombre, son los nobles frutos de la independencia: se les ha hecho estúpidos à fuerza de harcerlos obedientes y sometiendo à reglas invariables hasta las menores acciones de su vida doméstica. Su manutencion está en general mas asegurada, sus costumbres se han hecho mas dóciles, pero reducidos à la opresion y à la triste monotonía del gobierno de las misiones, anuncian por un semblante sombrío y concentrado cuan à su pesar han sacrificado la libertad al reposo.

El régimen monástico arrebató al estado varios ciudadanos útiles, y los restringe en los muros de un claustro: á veces, puede servir á calmar las pasiones, á consolar los grandes penas y fomentar el espíritu de la meditación; pero transplantado á los bosques del nuevo mundo aplicado á la multitud de relaciones de la sociedad civil produce efectos tanto mas funestos quanto mas dure su dominación. Entorpece el uso de las facultades intelectuales de una á otra generación, impide las comunicaciones entre los pueblos, y se opone á todo lo que engrandece el alma y eleva los conceptos, Por la reunión de todas estas causas diversas, los indígenas que habitan en las misiones, se mantienen en un estado de incultura que podríamos llamar estacionaria, sino fuera porque las sociedades siguen la misma marcha que el espíritu humano, es decir, sino retrocediesen siempre que cesan de adelantar.

El día 4 de setiembre á las cinco de la mañana, emprendimos nuestro viaje á las misiones de los indios chaimas, y al grupo de montañas elevadas que atraviesan la nuevas Andalucía. La mañana estaba fresca y deliciosa: el camino,

ó por mejor decir, la senda quea á Cumanacoa, sigue la orilla derecha del Manzanares, pasando por el hospicio de los capuchinos, situado en un pequeño bosque de guayacos y alcaparros¹ arborescentes. Saliendo de Cumaná, desde lo alto de la colina de San Francisco, gozamos mientras la corta duración del crepúsculo, de una vista extendida sobre el mar, sobre la llanura cubierta de Beras de flor dorada² y sobre las montañas del Brigantín.

En el hospicio de la *Divina Pastora*, se dirige el camino hácia el nordeste y atraviesa durante dos leguas, un terreno desprovisto de árboles y nivelado antiguamente por las aguas. No solamente se hallan cacteros, copas de tribulus con ojas de ciste, y la hermosa euforbia purpúrea, cultivada en los jardines de la Havana bajo el raro nombre de *Dictamno real*, sino tambien la

¹ En el país llaman á estos alcaparros: pachaca, olivo, asito; y son los *capparis tennisiliqua*, Jacq., *c. ferrugina*, *c. emarginata*, *c. elliptica*, *c. reticulata*, *c. racemosa*.

² Palo sano, *Zygophyllum arboreum*, Jacq. Las flores tienen el olor de la vainilla.

avicemnia, la alionia, el sesuvium, el thalinum, y la mayor parte de las portuláceas que crecen en los bordes del golfo de Curiaco. Esta distribución geográfica de las plantas parece designar los límites de la antigua costa, y probar, según hemos indicado, que las colinas, cuya falda meridional recorrimos, formaban antes un islote separado del continente por un brazo de mar.

Al cabo de dos horas de marcha, llegamos al pie de la alta cordillera del interior que se prolonga del este al oeste, desde el Brigantin al cerro de San Lorenzo: allí comienza un nuevo género de montañas y con ellas un nuevo aspecto de vegetación. Todo toma un carácter más majestuoso y pintoresco: el terreno está cortado en todas direcciones y regado con infinitos manantiales; en las hondonadas se elevan árboles de una altura gigantesca, y cubiertos de enredadera; un corteza negra y quemada por la acción del sol y del oxígeno atmosférico, contrasta con la fresca verdura de los Pothos y de los Dracontium, cuyas correosas y lucientes hojas tienen á veces, muchos pies de largo. Diríase que los monocotiledones parasitas reemplazan, entre

los trópicos, al musgo y á los líquenes de nuestra zona boreal. A medida que nos adelantábamos, las montañas de roca, tanto por la forma como por su enlace, nos representaban los sitios de la Suiza y del Tirol.

En aquellos Alpes de la América, vegetan, á unas alturas muy considerables, los heliconia, los cortus, los maranta, y otras plantas de la familia de las cañas de indias, que cerca de las costas solo prosperan en los terrenos bajos y húmedos; de manera que por una extraordinaria semejanza, tanto en la zona tórrida como en el norte de la Europa, bajo la influencia de un clima cargado de vapores, como sobre un suelo cubierto de nieves, ofrece la vegetación de las montañas todos los caracteres que marcan la vegetación de los terrenos pantanosos. Antes de dejar las llanuras de Cumaná, y el asperón ó piedra arenisca y caliza que constituye el suelo del litoral, hablaremos de las diferentes capas de que se compone esta formación muy reciente, tal cual la hemos observado en las faldas de las colinas que circundan el castillo de San Antonio.

El *asperon* ó *piedra caliza* es una formacion local y parcial propia á la península de Araya, al litoral de Cumaná y al de Caracas : la hemos hallado tambien en el cabo blanco, al oeste del puerto de la Guaira, donde contiene fragmentos á veces angulosos de cuarzo y de gneis, y despojos de conchas y de madreporas. Cerca de Cumaná, se compone la formacion del *asperon*; 1° de una *caliza compacta*, gris blanquinosa, cuyas capas unas horizontales y otras inclinadas irregularmente, tienen cinco á seis pulgadas de espesor : algunos bancos estan casi sin mezcla de petrificaciones; en la mayor parte se encuentran con tal abundancia, los cardites, turbinites, ostracites y otras varias conchas de pequeñas dimensiones, que la masa caliza no forma sino un cimento por el cual estan unidos los granos de cuarzo y los cuerpos orgánicos; 2° de un *asperon calcáreo*, en el cual los granos de arena son mucho mas frecuentes que las conchas petrificadas : otras capas forman un *asperon* enteramente desprovisto de despojos orgánicos, que hace poca efervescencia con los ácidos y que engasta, trozos de mina de yerro, obscura y compacta; 3° de

bancos de *arcilla endurecida* que contienen selenita ó espejuelo, y hojas de gipse¹ : estos últimos bancos ofrecen mucha analogía con la arcilla muriatífera de Punta Araya y aparecen siempre inferiores á las capas precedentes. Esta formacion del *Asperon* ó *aglomerat* del litoral, tiene una tintura blanca; luego se apoya contra la caliza de Cumanacoa que es gris azulada, siendo de notar, que en el contacto de las dos formaciones sobre-dichas, los bancos de la caliza de Cumanacoa que yo considero como una *caliza alpina*, estan comunmente muy cargados de arcilla y de marga.

Atravesamos el bosque por un sendero estrecho, siguiendo un arroyo que corre por un lecho de peñascos : observamos que era mas hermosa la vegetacion en los parages donde la *caliza alpina* estaba cubierta con un *asperon cuarzoso*, sin petrificaciones y muy distinto del *asperon del litoral* : la causa de este fenómeno consiste probablemente, menos en la naturaleza del ter-

¹ Esta formacion se encuentra al norte del castillo de San Antonio muy cerca de Cumaná.

reno, que en la mayor humedad del suelo. En estos sitios húmedos, donde el asperon envuelve la caliza alpina, es donde se halla constantemente alguna traza de cultura: hallamos cabañas habitadas por mestizos en el barranco de los frailes y entre la cuesta de Caneyes y el rio Gu-riental: cada una de estas cabañas está colocada en el centro de un cercado que contiene bananos, papayos, caña de azucar y maiz. Se podria admirar la corta extension de aquellos terrenos cultivados, sino se recordase que una porcion de terreno cultivado en bananos, produce cerca de veinte veces mas substancia alimenticia que el mismo terreno sembrado de cereales.

En Europa, nuestras gramíneas nutritivas, el trigo, la cebada y el centeno, cubren unas vastas extensiones del pais; las tierras cultivadas se tocan necesariamente, en todo pais donde los pueblos saquen su sustento de los cereales; mas no sucede así en la zona tórrida, donde el hombre ha podido apropiarse vegetales que dan cosechas mas abundantes y menos tardías. En aquellos climas dichosos, la inmensa fertilidad del suelo corresponde con la humedad y el calor

de la atmósfera. Una numerosa poblacion halla su alimento en abundancia, en un pequeño espacio cubierto de bananos, de yuca, de batatas y de maiz. La soledad de las cabañas dispersas en medio del bosque, indica al viagero la fecundidad de la naturaleza; á veces un pequeño rincón de tierra cultivada es suficiente al sustento de varias familias.

Estas observaciones sobre la agricultura de la zona tórrida, recuerdan las íntimas relaciones que existen entre la extension de los terrenos abiertos para su cultivo, y la de los progresos de la sociedad: esta riqueza del suelo, esta fuerza de la vida orgánica, al paso que multiplica los medios de subsistencia, activa la marcha de los pueblos hácia la civilizacion. Bajo un clima dulce y uniforme, la única necesidad del hombre es el sustento; el sentimiento de esta necesidad es lo que le excita al trabajo, y se concibe facilmente el motivo por qué en el seno de la abundancia y bajo la sombra de los bananos y del árbol del pan, se desenvuelven menos rápidamente las facultades intelectuales, que bajo un cielo riguroso como el de la region de los cereales,

donde nuestra especie está en continua lucha con los elementos. Cuando se extiende un golpe de vista general á todos los países ocupados por los pueblos agrícolas, se observa que los terrenos cultivados están separados por selvas ó se tocan inmediatamente, no solo según el número de la población, sino también según la elección de plantas alimenticias. En Europa juzgamos el número de los habitantes por la extensión del terreno cultivado; bajo los trópicos al contrario, en la parte más cálida y más húmeda de la América meridional, las provincias más pobladas parecen casi desiertas, porque el hombre para alimentarse no somete al cultivo sino un corto trecho del país.

Estas circunstancias tan dignas de atención, modifican á un tiempo el aspecto físico del país, y el carácter de sus habitantes; dan á uno y otro una fisonomía particular y aquel aire agreste é inculto que pertenece á una naturaleza, cuyo tipo primitivo no ha sido todavía alterado por el arte. Sin vecinos, casi sin comercio con los hombres, cada familia de colonos forma una población aislada; esta soledad detiene ó en-

torpece los progresos de la civilización, la cual no puede acrecentarse sino á medida que la sociedad se hace más numerosa y que sus lazos son más íntimos y multiplicados; mas la soledad desenvuelve también y fortalece en el hombre el sentimiento de la independencia y de la libertad; y ella misma ha alimentado aquella fiereza de carácter que, en todos tiempos, ha distinguido á los pueblos de raza castellana.

A medida que nos internábamos en el bosque, nos indicaba el barómetro la elevación progresiva del sol: á cosa de las tres de la tarde hicimos alto en una pequeña altura que designan con el nombre de *Quetepe* y que está elevada á unas ciento y noventa toesas sobre el nivel del mar: se han construido algunas casas cerca de un manantial muy celebrado entre los indígenas por su frescura y salubridad, cuya agua nos pareció, en efecto, excelente. Al hablar de las fuentes que brotan en las llanuras, de la zona tórrida ó en parajes poco elevados de la misma, observaré, que generalmente, solo en las regiones en que la temperatura media del verano, se diferencia mucho de la del año entero, pueden

los habitantes beber agua de las fuentes extremamente frescas en la estacion de los grandes calores. Los lapones cerca de Omeo y de Sorsele, bajo los 65° de latitud, se refrescan con agua de fuentes, cuya temperatura en el mes de agosto, apenas está dos ó tres grados sobre el punto de congelacion, mientras que en aquellas mismas regiones boreales se eleva el calor del aire á 26 ó 27 grados, á la sombra.

Desde lo alto de una colina de asperon que domina al manantial de Quetepe, gozamos de una vista magnífica sobre el mar, el cabo Macanao, y la península de Maniquarez: un inmenso bosque se extendia á nuestros pies hasta las orillas del Océano; las cimas de los árboles entrelazadas con el bejuco, y coronadas con largos penachos de flores, formaban un vasto tapiz de verdura, cuyo color obscuro realzaba el resplandor de la luz aérea. El aspecto de aquel punto nos deleitaba mucho mas, por ser la primera vez que nuestra vista abrazaba aquellas grandes masas de la vegetacion de los trópicos. En la colina de Quetepe, cogimos al pie del *Malpighia coccollobæfolia*, cuyas hojas son en ex-

tremo correosas, y entre las mazorcas de *Polygona montana*, los primeros *Melastomos*, sobre todo, aquella bella especie designada bajo el nombre de *M. Refuscens*. El recuerdo de este punto será siempre grato á nuestra memoria, así como todo viagero conserva una viva predileccion por los parages donde ha encontrado un grupo de plantas que no ha visto todavía en el estado salvaje.

Siguiendo hácia el sudoeste se encuentra un terreno árido y arenoso: trepamos un grupo de montañas bastante elevadas que separan la costa de las vastas llanuras ó sábanas limitadas por el Orinoco; la parte de este grupo por la cual pasa el camino de Cumanacoa, está desprovista del vegetacion y tiene cuevas muy rápidas hácia el norte y el sud: se la designa con el nombre de *Imposible* porque piensan los habitantes de Cumaná que en caso de un desembarco del enemigo, aquella cresta de montañas les ofreceria un asilo. Llegamos á su cima poco antes de ponerse el sol, y apenas pude tomar algunos horarios para determinar la longitud del sitio por medio del cronómetro.